LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO IX — BARCELONA 16 DE JUNIO DE 1890 — NUM. 442

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EXPOSICIÓN DE LA SOCIEDAD NACIONAL DE BELLAS ARTES EN EL CAMPO DE MARTE, PARIS



TARDE APACIBLE, cuadro de Mr. Muenier, grabado por Baude

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

TARDE APACIBLE
cuadro de Mr. Muenier, grabado por Baude

(Salón del Campo de Marte, París, 1890)

Conocida es la escisión que surgió recientemente entre los pintores y escultores franceses con motivo de la Exposición que anualmente se celebra en la capital de Francia, y que se designa con el nombre de Salón de París. El fallo del último Jurado, en el que algunos quisieron ver una parcialidad para ellos molesta, movió á un grupo de pintores capitaneado por el incomparable Meissonnier á separarse del Salón de los Campos Elíseos y á constituir una Sociedad Nacional de Bellas Artes, cuya primera Exposición se abrió hace poco en el Campo de Marte.

Tal es el hecho relatado en breves palabras. ¿Cuáles serán sus resultados? Difícil es preverlo: la competencia y el estímulo son dos grandes factores del progreso humano en todas sus manifestaciones, y ateniéndonos á esta verdad palmaria podría predecirse desde luego que el Arte nada había de perder y, por el contrario, podía ganar mucho con esa disidencia de los pintores franceses. Pero como ésta no arranca de causas poderosas sino más bien de malas inteligencias y de rozamientos y susceptibilidades de poca importancia, no sería de extrañar que el dualismo desapareciera y que en el próximo Salón volvieran á hallarse unidos los *meisonnieristas* y *bouguereauistas*, demostrando cuán firmemente arraigado está en los artistas de la vecina República el sentimiento de fraternidad que tantas maravillas ha realizado en el mundo del Arte.

Al Salón del Campo de Marte pertenece el cuadro de Mr. Muenier, *Tarde apacible*: el cuadro, sencillo y sencillamente pintado, nos transporta á esos hermosos paisajes iluminados por el sol poniente que, una vez vistos, no se borran jamás de la imaginación, y nos presenta una de esas escenas de la vida de familia ante las cuales se extasía el que siente en toda su intensidad los purísimos afectos que sólo despierta el hogar doméstico. Mr. Muenier ve bien y expresa con sinceridad, y estas condiciones le han granjeado envidiable fama entre los cultivadores del arte pictórico, y aprecio general entre los aficionados.

HOJAS CAÍDAS, cuadro de L. Doyen

(Salón de París, 1890)

Todo entristece en el cuadro de Doyen: las sombrías tintas en que aparece envuelto el paisaje; los desnudos árboles, cuyas últimas hojas arrancadas por los fríos vientos otoñales cubren el suelo que en los meses de primavera y estío protegieron con su grata sombra; y, sobre todo, la interesante figura de aquella mujer caída, que no sentada, en el rústico banco, cuyo demacrado rostro y afiladas manos acusan la mortal enfermedad que va minando su existencia y presagian para los primeros fríos el desprendimiento de una hoja más en el árbol incesantemente renovado de la vida, llenan el alma de melancolía. Pero ¡cuán poética resulta esta tristeza! ¡cuánta verdad en esa naturaleza muerta y en esa joven moribunda!

La impresión del cuadro es desgarradora; y sin embargo, ¿quién no se deleita ante las inumerables bellezas por el genio concebidas y por el arte maravillosamente ejecutadas, que endulzan la amargura producida por la contemplación de tan tétrico asunto?

El artista que logra conmover puede vanagloriarse de haber obtenido un gran triunfo, y nadie negará que *Hojas caídas* pertenece al número de los cuadros que conmueven á quien los mira.

TRÍO CAMPESTRE
cuadro de Mr. Debat-Ponsan, grabado por Baude

(Salón de París, 1889)

Los que recuerden la *Escena campestre* de este mismo autor que publicamos en el núm. 399 de nuestra ILUSTRACIÓN, y lo comparen con el *Trío campestre* que damos en el presente, notarán entre ambos grandes analogías. Y es que Mr. Debat-Ponsan, enamorado de la poesía de los campos y de los sentimientos que anidan en el corazón de los honrados y humildes aldeanos, se deja seducir completamente por una y otro, y así llevan impresas sus obras un sello que algunos amantes del efectismo tacharán de monótono, pero que la mayoría de los inteligentes calificará de eminentemente artístico.

El *Trío campestre* es propiamente un *dúo*, puesto que en él no intervienen como personajes principales más que dos actores. El pacífico animal medio oculto entre las altas hierbas no parece ocuparse para nada de la gentil pareja que departe amorosamente en el delicioso paisaje en donde la fantasía del artista ha querido presentar su bellísimo idilio.

Este cuadro, lleno de primaveral frescura, distínguese, además, por las raras cualidades de ejecución; gracias á estas condiciones fué una de las notas salientes del Salón de París de 1889.

LA LUCHA
cuadro de Mr. Friant, grabado por Baude

(Salón del Campo de Marte, París, 1890)

Las bellezas de este cuadro, hijas de una composición bien entendida, de un dibujo correcto y elegante, y de una verdad admirable en el colorido, hacen olvidar por completo los pequeños lunares que en la obra de Mr. Friant han observado algunos críticos. Los dos contrincantes luchan de veras, y en sus actitudes, cuidadosamente estudiadas, y en la expresión de sus caras, se refleja el empeño con que los dos rapaces se disputan la victoria; el agua del arroyo es de transparencia inimitable, la campiña rebosa frescura, y el fondo se aleja presentando una perspectiva que produce toda la ilusión apetecible.

Todos estos primores permite apreciar el grabado de Baude, precioso como todos los que salen del buril de tan renombrado artista.

SUSANA Y LOS VIEJOS, cuadro Mr. Brouillet

(Salón de París de 1890)

No se trata de la casta Susana ni de los procaces viejos que, escondidos, admiran las gracias de la que descuidada se baña ajena á las codiciosas miradas de que es objeto, ni hay aquí espionaje en los unos y recato honesto en la otra, á bien que tampoco la situación de la protagonista de ésta es tan comprometida como la en que fué sorprendida la heroína de aquella antigua escena.

En el cuadro de Brouillet la buena armonía y el mutuo acuerdo reemplazan al engaño y á la violencia de la antigua fábula. Dos viejos verdes, no despreciables ni física ni económicamente (esto último sobre todo, á juzgar por las apariencias), han encontrado en un café cantante á una hermosura de las que están más en moda en el *demi-monde* parisiense, y con ella pasan agradablemente la velada gozándose en el presente y quizás trazando planes para el porvenir.

Las tres figuras están ejecutadas con mucho arte, y por su naturalidad forman un grupo bien dispuesto y eminentemente simpático. El conjunto tiene todo el carácter picaresco propio de un episodio de la vida galante de las grandes ciudades.

LA CENIZA EN LA FRENTE

No es la ceniza más que el residuo que dejan los cuerpos combustibles después de la carbonización, y, sin embargo, representa en el mundo un importante papel; como que todo se convierte en ella.

La tierra no es más que un inmenso cenicero, si bien se mira.

En el centro del planeta debe haber una cantidad exorbitante de ceniza.

Abrumadas y cubiertas, con muchos metros de espesor, por la ceniza, desaparecieron las ciudades de Herculano y de Pompeya en un rapto de mal humor del Vesubio.

Encenizan á lo mejor las faldas de los Andes los volcanes de la gran cordillera americana, y el día que éstos se pongan de acuerdo con los de Islandia, Sicilia, Asia y Oceanía, hemos concluído envueltos en ceniza, como pescado que se reboza en harina para que se fría en regla.

El cuadro final del mundo entonces corresponderá á la predicción plutoniana, y los que piensan que el frío va á ser quien determine el cataclismo de la tierra se van á llevar chasco.

A la humanidad le debe ser indiferente. Entre morir tiesa, hecha un sorbete, ó perecer achicharrada en el manto polvoriento de la ceniza del horno central, allá se va todo.

La Iglesia consagra un día, miércoles por cierto, centro de la semana, para recordarnos á todos que somos tierra; menos que tierra, polvo, y en polvo nos hemos de convertir; y para que lo entendamos mejor nos pone el sacerdote la ceniza en la frente.

Los antiguos incineraban sus cadáveres. Los indios de los pasados y los presentes tiempos han solido, y suelen, hacer lo propio; y para no aburrirse de fastidio en la hoguera que en ceniza los ha de convertir, hacen que sus mujeres *vivas* les acompañen de paso: medio no adoptado en Europa todavía, y que debe dar por resultado que las mujeres cuiden mucho de la salud de los maridos.

Algunos modernos les imitan ahora en Europa y América en lo de quemar á los difuntos, para recoger y guardar cuidadosamente las cenizas, sin que por ello corran las viudas el peligro de ser asadas.

El mundo universal deja, con la escoria, las cenizas de los metales.

Para la flora de todos los países no hay más porvenir que la hoguera. El rayo que quema un bosque entero; el hacha del leñador que derriba una encina para carbonearla; el ganadero que prende fuego al monte para renovar los pastos, son los agentes de la destrucción y los factores de la ceniza.

Hasta aquí todo lo que respecto á cenizas se refiere en el mundo físico.

En el mundo moral, en la sociedad en que vivimos, todo es ceniza, por no llamarle otra cosa peor.

Cenizas son en la vejez las ilusiones de la juventud.

Arde el corazón al principio de la vida con la llama del amor, con la más brillante todavía de la gloria, con la más ardiente de la ambición; y cuando la vejez ha quemado una por una todas sus fibras, convirtiéndolas en ceniza inerte, ha desaparecido el fantasma de la gloria, el espejismo del amor, y la ambición aparece extemporánea y ridícula. Un faro, el de las esperanzas, luce en el horizonte todavía, pero tenue, lejano é inabordable.

Este faro lejano y esta remota esperanza lo son:

Para el que sólo ansía el vivir mucho, los casos de longevidad que relatan los periódicos.

Para el pobre, la lotería.

Para el condenado, la libertad.

Para el enfermo, la panacea que buscan en vano la ciencia y el empirismo.

Mas estos locos deseos no son más que espectros y fantasmas construídos con ceniza, que al menor contacto con el aura de la realidad se deshacen, dejando un sinnúmero de decepciones en el alma.

En tiempos de más piedad que los que corren, los reyes penitentes y los anacoretas se cubrían la cabeza con ceniza. La ceniza entonces se ostentaba al exterior: ahora no; ahora está por dentro, y por dentro hace el estrago.

Se cree cándidamente en la amistad. Mientras que no se somete á prueba, todo va bien: confianza omnímoda; abandono, el que la misma confianza produce: nada de suspicacia ni de recelo. Pero llega el momento; es preciso utilizar la amistad, y ésta desaparece: la suplanta la indiferencia, esto es, la ceniza.

Como el crédito mercantil, que sirve de mucho cuando no se necesita, y cuando hace falta y se le quiere emplear se pierde por completo.

El genio ¡ah! lo que es el genio se inflama como el ramaje seco del bosque. Sube la llama, innunda de viva claridad el espacio, después se amortigua, decrecen sus fulgores, quedan arenas en el suelo todavía; pero á poco, si se quieren remover, sólo se encuentra ceniza y el hogar está frío como la muerte.

Como la muerte... Cuando el genio sabe morir á tiempo, menos mal. Murillo, precipitado de un andamio por ver el efecto de su última obra pictórica; Gayarre, cantando la romanza de los *Pescadores de perlas*, acabaron bien y á punto. Sentir que se turba la vista como al pintor Esquivel; que la voz conmovedora y vibrante de otros tiempos se apaga, como sucedió á Tamberlik, es ser el hombre de genio doblemente desgraciado.

Napoleón el Grande, muerto después de Jena y Austerlitz, ó entre las llamas del kremlim de Moscou, una gran cosa; muerto de pesar en Santa Elena, un desdichado.

Napoleón el Chico, muerto después de Magenta, Selferino ó Sebastopol, un genio. Después de Méjico un fracaso; después de Sedán, ceniza: la ceniza del olvido en tierra extraña.

La historia no es más que un vastísimo panteón; un libro de ceniza de pueblos, de reyes, de héroes y de magnates, cuyas páginas están cubiertas por el polvo de los siglos.

Ceniza son en la edad madura los juguetes de la niñez, los alientos de la juventud y el ardor de sus placeres. Despiadado el positivismo, descarnado y escueto, se le presenta en la vida al hombre cuando va avanzando en ella, y después de afanarse por mejorarla, por obtener satisfacciones para el amor propio, y dar cabida en su pecho á la ambición y aun á la avaricia, no queda más que polvo sutil al cabo de la jornada; porque como se desdeñaron los juegos infantiles y las empresas amorosas, también se desdeñan á su vez honores y posición, que ya no hacen latir el corazón como cuando se deseaban; porque el corazón, á fuerza de agitarse y arder en medio del volcán de las pasiones, se va convirtiendo en ceniza.

Pero dejándonos de filosofías, el caso es que la ceniza debe ser cosa mala cuando nadie quiere que se la pongan, y menos en la frente. Sólo la Iglesia tiene privilegio para ello, y nosotros la recibimos como acto de religiosa humildad.

De cualquiera á quien le sueltan una desvergüenza que le deja pegado á la pared, se dice que le han puesto la ceniza en la frente.

Cuando una niña casadera despacha á un pretendiente que no le gusta, se dice también que le ha dado calabazas; pero si la presunta suegra es la que se entiende con él, le pone á su sabor la ceniza en la frente.

Si un empleado del Gobierno recibe, cuando más celoso se encuentra en el cumplimiento de su deber, el oficio de cesantía, que en el *argot* burocrático se llama la *papela*, no es la *papela* lo que recibe, sino que como el ministro necesita aquel puesto para un ahijado, tiene necesidad de poner al desventurado *sudatinta* la ceniza en la frente.

De lo que resulta que la ceniza en la frente, de un modo ó de otro administrada, significa escarnio, vilipendio, chasco ó decepción. Un poco de polvo inofensivo al parecer, que con una punta del pañuelo mojada en agua se quita; y, sin embargo, ¡qué simbólico es! Se siente á su contacto algo terroso y frío como la muerte, y desfallece el alma del que lo recibe.

Memento homo nos dice el cura en latín, sin duda para dorar la píldora, como hacen los boticarios: aun si dijera *Memento mulier...* Pero lo peor es lo que sigue: que somos polvo y en polvo nos hemos de convertir.

Diz que los trapenses, cuando se encuentran, se saludan entre sí de este fúnebre modo:

– Morir tenemos.
– Ya lo sabemos.

Para lo cual, y puesto que lo sabemos de sobra, mejor fuera no encontrarse á nadie, si es que á los laicos les diera por saludar como lo hacen los venerables hermanos de la trapa.

Más de una vez, y aun de cinco y de diez, ponen la ceniza en la frente los matuteros á los guardas de consumos, sin que sea primer día de cuaresma; y otras tantas la sufren todos los chasqueados y los sorprendidos *infraganti* en cualquier gatuperio económico administrativo, así como las numerosas víctimas del procedimiento del timo y los *entierros* de caudales imaginarios.

Algunos testadores incoercibles se la ponen también desde ultratumba á los que se creen ser presuntos herederos; pues que el notario les entera, en su día, de que el pariente á quien lloran les ha puesto la ceniza en todo el cuerpo y principalmente en el estómago.

Lo mismo que un comerciante quebrado á sus acreedores.

Y el respetable público suele hacerlo con artistas cantantes y declamantes, y con autores de meollo de secano que no aciertan á darle gusto.

Persuadido de la importancia del recuerdo, este Gobierno, el otro Gobierno, todos los Gobiernos, se ponen la ceniza al país; pues bueno es que los contribuyentes se persuadan de que son polvo, y en polvo se han de convertir, al fin y al cabo, ellos, los contribuyentes, sus casas, sus cortijos y sus industrias, así como su dinero también.



HOJAS CAÍDAS, cuadro de L. Doyen

(Salón de París, 1890)

El inolvidable *Fígaro*, el crítico sin par de nuestras costumbres, D. Mariano José de Larra, dijo un día, y dijo bien: «Todo el mundo es máscara, todo el año es carnaval.»

Parodiando el pensamiento, bien debiéramos decir nosotros: «Todo el año es cuaresma, y todos los días de la semana son miércoles de ceniza.»

Nuestro libre albedrío en este asunto no nos sirve para maldita de Dios la cosa. Si no vamos espontáneamente á que nos la pongan, si no nos resignamos á recibirla, si queremos en nuestro orgullo luchar temerariamente contra el destino, no ha de faltar quien en el mundo y en la sociedad en que vivimos nos ponga, en toda regla, la *ceniza en la frente.*

AGUSTÍN GONZÁLEZ RUANO

LO QUE NO DIJERON LOS PERIÓDICOS

I

Los diarios de Madrid publicaron la siguiente noticia: «A las dos de la madrugada de ayer y en una casa de huéspedes de la calle de Atocha, número **, se suicidó de un pistoletazo en la frente un joven llamado Lorenzo N. Según nuestros informes, dicho sujeto no gozaba de muy buenos antecedentes, y era hombre de carácter pendenciero; parece que en el mismo día de ayer había sido llevado á la prevención por desacato á la autoridad. Entre los papeles del suicida se ha encontrado una credencial, para Cuba, extendida recientemente á nombre del mismo. Se cree que un repentino acceso de locura, producido acaso por el abuso del alcohol, haya sido la causa del suicidio.»

Yo he conocido á los personajes de este drama, y voy á ampliar la noticia transcrita.

Comenzaré por don Procopio, primer eslabón de la cadena por donde fué descolgándose el desgraciado Lorenzo, hasta que, faltándole uno de los anillos, fué á dar con su cuerpo y se rompió la crisma en los tenebrosos abismos del suicidio.

Iba yo con alguna frecuencia á la casa de huéspedes de la calle de Atocha, número **, á visitar á mi amigo F. Llegué un día á la hora de comer, y, por ser yo de confianza, me pasaron, como otras veces, al comedor. Antes de llegar á él, llamaron mi atención fuertes voces y golpes dados sobre la mesa, como en el calor de encarnizada disputa. Hallábanse allí hospedados por aquel tiempo, además de mi amigo, periodista de profesión, dos cursantes del último año de la carrera de Derecho, un médico que aspiraba al grado de doctor, un empleado de Hacienda y un comisionista de géneros catalanes. Al entrar en el comedor, me encontré, además de los mencionados, con un nuevo huésped: don Procopio. Eran sus compañeros de hospedaje – sobre todo los abogaditos y el médico – gente descreída y zumbona, partidarios del *determinismo*, de la *teoría de la evolución* y de otras zarandajas por el estilo. Al encontrarse en su compañía con un provinciano que respiraba cierto olorcillo á sacristía, intentaron tomarle el pelo, como vulgarmente se dice, poniendo á discusión el tema de la infalibilidad pontificia. El bendito del recién llegado, á falta de mejores razones (que no se le ocurrían indudablemente por ofuscarle la inteligencia el religioso celo de que se hallaba poseído), los llamaba herejes á grandes voces y con la cara más encendida que un tomate. Afortunadamente llegué yo en ocasión de poder terciar en la contienda, y tuve la suerte de hallar un medio de conciliar tan opuestos pareceres. Como yo no estaba acalorado por la discusión, y miraba las cosas con serenidad de juicio y como quien ve los toros desde la barrera (permítaseme esta metáfora taurina), les dije que aquella cuestión no era para discutida en serio por personas que no poseían los indispensables conocimientos teológicos. Jamás hubiera yo esperado éxito tan completo. Los estudiantes de Derecho y el médico convinieron inmediatamente conmigo en que el asunto no era para discutido por ellos en serio. En cuanto á don Procopio, al ver que yo apoyaba de una manera tan decidida su causa, se le saltaron las lágrimas de puro agradecido, y hasta creo que estuvo á punto de abrazarme. Desde aquel día, mi amistad con él quedó asentada sobre sólidos cimientos.

¡Qué verdad es que la cara es el espejo del alma! El que vea á don Procopio y contemple la franca y abierta fisonomía de aquel sencillo provinciano, no tiene más remedio que decir: «hombre honrado á carta cabal y bueno hasta la pared de enfrente.» Y si llega á tratarlo, tendrá muy pronto ocasión de convencerse de que aun se había quedado corto.

¡Y lo que sabe! De chiquirritín, fué monaguillo en su pueblo y aspirante á sacristán: por su piedad y por los disciplinazos que se daba ante las devotas, la Alcaldesa lo mandó á estudiar al seminario más próximo; pero *Procopinpinillo* tenía tan desarrollado el amor al campanario de su pueblo, que se escapó del seminario y se volvió á la sacristía, donde pidió de rodillas perdón á la Alcaldesa, que acababa de enviudar; luego se metió á alpargatero; después, compadecida la viuda, lo colocó de escribiente en el Ayuntamiento, y allí el diablo del chicuelo se daba tan buenas trazas en los expendientes de quintos, que los padres de los que no salían soldados le daban algunos regalitos, con los cuales se hizo destajista de una carretera que jamás se llegó á terminar. La Alcaldesa, que tenía guardado un buen gato de onzas de oro, ayudaba al mozuelo en los negocillos que éste se agenciaba: todo desinteresadamente, por supuesto, y sin los motivos que suponían las murmuraciones; porque ella era fea, viejecilla y beata, y él, á pesar de su franca y abierta fisonomía, era más feo que un jimio y con ribetes de devoto. ¡Malas lenguas! Pero ¡anda! que poco les duró la murmuración; porque la pobre de la Alcaldesa viuda se murió de escarlatina, dejando por heredero de un colmenar que tenía muy bueno al malogrado seminarista; y aun se susurró que el gato de las peluconas estaba en poder de Procopinpinillo al ocurrir el fallecimiento de su protectora.

El heredero se dedicó al negocio de la cera y de la miel, y mientras más miel despachaba y en más negocios de carreteras se metía, más meloso se hacía su carácter y más se veía retratada la honradez en aquella cara de ángel, aunque fea.

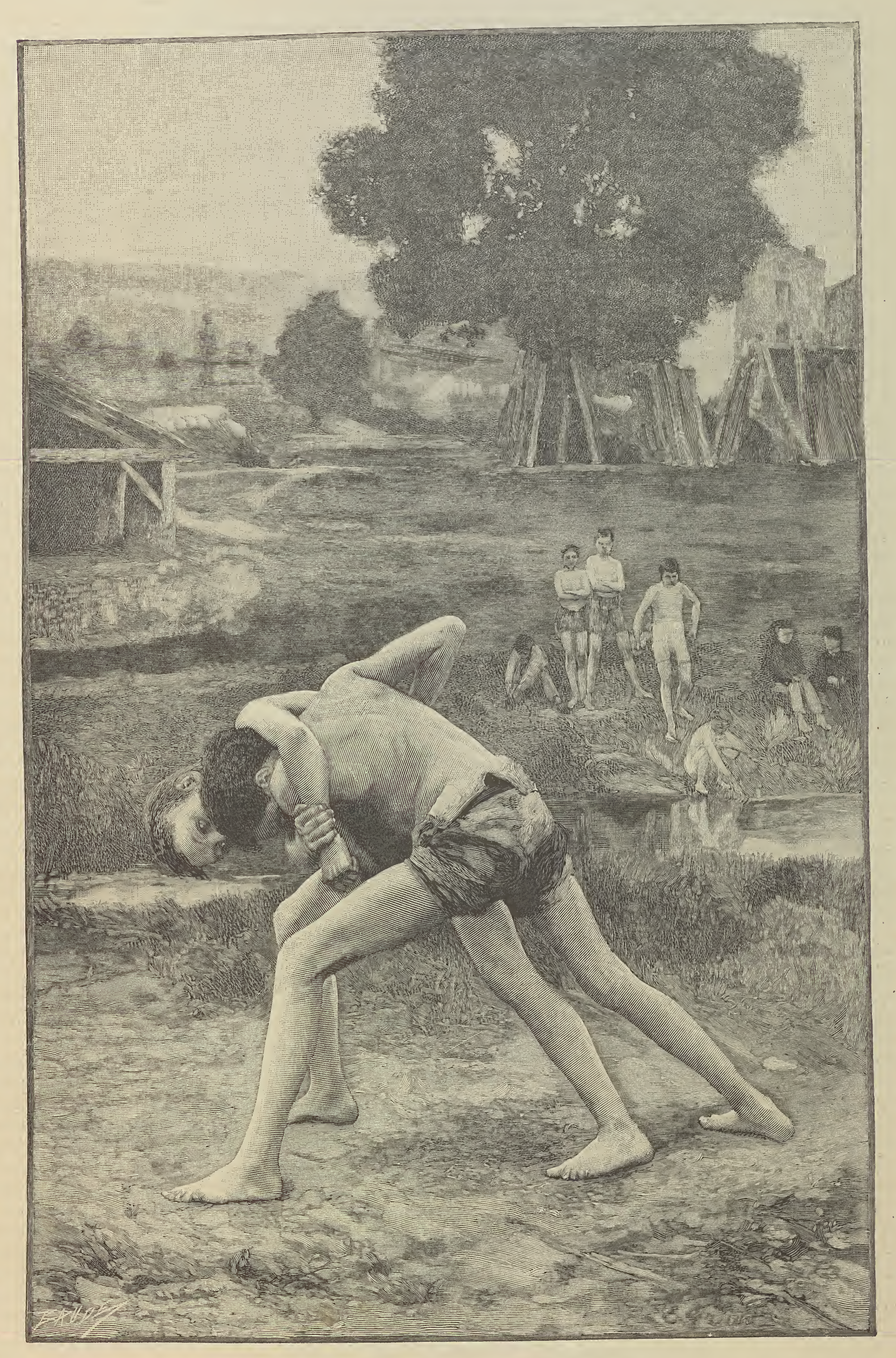
Y ¡lo que es no deberle nada á nadie! *Procopinpinillo*, á los pocos años, era ya *Procopio*; y en menos años todavía llegó á ser *D. Procopio* y cacique carlista de su pueblo. No había paliza dada á los liberales que no se le atribuyese; pero ¡ca!; todo eran puros enredos; porque él en nada ostensiblemenre se metía.

En aquel corazón, que Dios ha amasado sin duda con almíbar y pasta de almendra, no caben más que sentimientos de amor y caridad; alma mil veces bondadosa, siempre dispuesta al sacrificio, si necesario es, en favor de sus semejantes. Y al mismo tiempo, ¡qué firmeza de carácter y qué atlética robustez! Según he sabido por algunos de sus paisanos, es hombre que derriba un toro con facilidad prodigiosa, y tirador de tal naturaleza, que donde pone el ojo pone la bala. Por tan raras cualidades fué solicitado en más de una ocasión durante la última guerra civil para capitanear una partida carlista; pero él rechazó siempre con indignación semejantes proposiciones. Una vez desapareció del pueblo y no se supo su paradero durante algunos meses, habiendo coincidido por extraordinario azar su desaparición con el levantamiento de una partida facciosa en la provincia vecina. Pero cuando aquella partida fué disuelta, D. Procopio reapareció en su pueblo, y contó que había sido secuestrado por unos bandidos; aunque él nunca quiso delatar este hecho á las autoridades, porque no persiguieran á los *pobrecitos bandoleros*, como él decía. Pues así y todo, no se ha visto libre de los ataques de la calumnia. El mismo D. Procopio me ha confesado á mí que, entre otras causas, se vino á Madrid huyendo del cura de su pueblo, que le había tomado mucha tirria, engañado á su vez por la más malévola de las calumnias. Propalaron *sotto voce* las malas lenguas del



TRÍO CAMPESTRE, cuadro de Mr. Debat-Ponsan, grabado por Baude

(Salón de París, 1889)



LA LUCHA, cuadro de Mr. Friant, grabado por Baude

(Salón del Campo de Marte, París, 1890)

pueblo que cierta manda religiosa por valor de algunos miles de reales que había recibido nuestro buen Cerero para misas de San Gregorio, no había ido á parar á manos del cura. ¡Qué indignidad!

II

Lorenzo tuvo la suerte de tropezar durante su vida con la gente más buena del mundo. Si alguna vez experimentó disgustos y sinsabores, puede decirse que fué porque á él le dió la gana. Desde muy corta edad reveló grandes dotes intelectuales; á los nueve años no cumplidos sabía ya los números romanos y decía de memoria la lista de los reyes de España: verdad que algunas veces colocaba á Felipe II entre los reyes godos y á Chindasvinto en la casa de Austria; pero ¿qué es eso en edad tan tierna? El padre de Lorenzo, que se había roto el alma cultivando aranzadas y más aranzadas de tierra para dejar á su hijo fortuna con que vivir desahogadamente, no quiso que se esterilizaran tan felices aptitudes: no era cosa de que un talento tan precoz se consagrara á las rudas y bajas tareas de la labranza. A la edad de once años fué enviado Lorenzo á estudiar el bachillerato en el Instituto de la capital de la provincia. Si el honrado labrador no hubiese muerto casi repentinamente á los pocos meses de esto, quién sabe adónde habría llegado Lorenzo en punto á instrucción. Pero el chico había nacido con buena estrella; y si perdió al autor de sus días, le quedó tutor cariñosísimo y albacea integérrimo en D. Procopio el Cerero. Observó éste que los aires de la capital no sentaban bien al muchacho, y arreó con él para el pueblo más que de prisa. La ciencia es vanidad mundana, y antes que todas las vanidades del mundo están la salud del alma, en primer lugar, y, en segundo, la del cuerpo

No tuvo ya Lorenzo que quebrarse la cabeza para nada en todos los días de su vida: mesa abundante y sana, traje adecuado para cada estación, y hasta su jaquita para pasear: á todo proveía el Cerero, quien (hay que decirlo en honor suyo) se cuidó ante todo de dar al chico una sólida educación cristiana.

Hora es ya de decir que Lorenzo había tenido siempre, desde muy pequeño, un defectillo que, andando los tiempos, había de acarrearle desastrosas consecuencias. Lorenzo había padecido desde niño de alucinaciones. Tal vez la misma viveza de su imaginación fué causa de ese desarreglo cerebral. Recuerda D. Procopio que, recién vuelto al pueblo Lorenzo, después de la muerte de su padre, se empeñó el diablo del muchacho en que un carnero blanco muy hermoso que tenía una de las sobrinitas del Cerero era un borrego que él había criado, y que tuvo naturalmente que dejar en su casa cuando le enviaron á estudiar. Dios y ayuda costó disuadir al chico de su error.

– Pero ven acá, hombre, como le decía el excelente D. Procopio; si el tuyo era un borreguito, y éste es un carnero grande, ¿cómo han de ser uno mismo?

¿Pues y otra vez que se empeñó en que el reloj de oro que llevaba puesto el Cerero era el de su padre?

– Pero, chiquillo, ¿no te fijas en que el reloj de tu padre estaba unido á una cadena de oro muy gruesa, y éste va sujeto solamente con un cordoncito?

Y otras mil locuras á este tenor, y que denotaban ya la predisposición al extravío que había en aquel cerebro.

Tras no pocos años de holganza y ciertos disgustillos de unos amores en un principio contrariados, deparó el cielo á Lorenzo una felicidad tan grande, que todavía á estas horas debe estar acordándose de ella en el otro mundo, por donde se coló tan inopinadamente y sin permiso de nadie.

¡Qué hija le había dado Dios al registrador de la propiedad de aquel partido! En punto á prendas físicas, era Pilar el conjunto de todos los bienes sin mezcla de mal alguno. No seré yo por cierto quien intente hacer el retrato de criatura tan perfecta. ¡Vaya unos ojos y una boca y unas manos y unos pies y...! En fin, el lector se imaginará todas aquellas cosas que yo por necesidad me callo. ¿Qué de extraño tiene que Lorenzo se enamorase tan perdidamente de ella? No demostró sino muy buen gusto, y yo soy el primero en alabárselo.

El registrador, y aun la registradora, que soñaba siempre con volver á vivir en Madrid, su pueblo natal, no veían con malos ojos aquella amorosa y honesta inclinación de Lorenzo, quien, á decir verdad, no carecía de buenas prendas personales y poseía además unos sentimientos muy delicados, juntamente con la hacienda necesaria para levantar las cargas de la familia.

Un suceso inesperado vino á entibiar aquellas felices disposiciones. Durante ciertas elecciones muy reñidas para diputados á Cortes, el candidato oficial, personaje importantísimo y que ocupaba uno de los más altos puestos en la política española, fué al pueblo: ¿y dónde había de hospedarse? En casa del registrador. Añadid á esto que aquel gran personaje se había dignado dirigir no se qué chicoleos á Pilarita, y se comprenderá sobradamente el legítimo orgullo de la familia y el disculpable desvío con que desde entonces se vió tratado Lorenzo. Pero el Dios de Israel que envió las siete plagas de Egipto y que abate los imperios más poderosos, había decretado también allá en sus inescrutables designios la más negra de las desgracias para aquella familia por tantos conceptos dichosa.

¡Cólera del año 85! ¿por qué cortaste el hilo de la vida del registrador de la propiedad?

Ya se ve, para una persona de mundo, la conducta de los padres de Pilar nada puede ofrecer de censurable. ¿Qué han de desear unos padres para su hija? Pues lo mejor, y no hay que hablar una palabra más. Pero Lorenzo era un muchacho sin experiencia, que había visto el mundo por un agujero, y enamorado además de Pilar hasta la medula de los huesos. Así es, que consideró como desaire á su persona lo que no era más que laudable interés personal, y dejó, no sólo de visitar á los registradores, sino hasta de pasar por la calle en que vivían.

¿Cuál no sería la sorpresa de Lorenzo cuando, al tropezarse un día de manos á boca con Pilar y con su madre, ambas de riguroso luto, se sintió detenido por la registradora, que le disparó á boca de jarro el siguiente saludo, entrecortado por grandes sollozos y limpiándose incesantemente los ojos con el pañuelo?:

– Hombre, parece mentira que habiendo sido tu padre tan amigo de mi difunto y queriéndote yo tanto que ni que fueras mi hijo, no te hayas dignado poner los pies en mi casa, para que tuviéramos siquiera ese consuelo en medio de nuestra desgracia. *Esta*, que es un alma de Dios, me ha hablado muchas veces de tu despego con lágrimas en los ojos.

Extático, perplejo y hasta yo no sé cómo se quedó Lorenzo al escuchar tales palabras, que lo bañaban en felicidad, y llegaban á sus oídos como música bajada del cielo. *Aquélla*, entre tanto, muda y como avergonzada, miraba al suelo con aquellos ojos tan grandes y tan hermosos que Dios le había dado. Y qué retebonita que estaba con su vestido negro y con su manto de luto. Al separarse de ellas Lorenzo, pensaba para sí:

– Pero qué animal he sido al figurarme que Pilar y su madre me despreciaban. ¡Mire usted que no haber yo conocido!... ¡Cuidado que he sido alcornoque!

Si á él lo hubieran dejado, á los tres días se casa con Pilar; pero la registradora le paró los pies diciéndole que nada precipitado y de trompón ha salido nunca bien, y que á él le convenía ante todo asegurarse una posición social fuera de los reducidos límites de su pueblo, y darse á conocer en el mundo, á lo cual había de contribuir poderosamente aquel tan gran personaje amigo del difunto.

El mismo día de esta conversación manifestó Lorenzo á D. Procopio su inquebrantable propósito de hipotecar sus tierras y marcharse á Madrid. Convencido el buen Cerero de que todos sus sermones serían inútiles para hacer desistir á Lorenzo de sus planes, entró en otro género de explicaciones.

– Yo nunca he querido darte disgustos, porque mientras yo viva y el Señor me dé salud y fuerzas, nada ha de faltarte á ti en el mundo; pero hoy es ya necesario que sepas que tu fortuna no es tanta como hayas podido imaginarte. Tengo que decirte que el mismo año en que murió tu padre, á quien Dios tenga en su santa gloria, devastó un huracán todo el olivar nuevo; al año siguiente, una tremenda riada, que desoló la comarca, se llevó una partida de cerdos que importaban más de tres mil duros; un pedrisco destruyó á los pocos meses casi toda la cosecha, y la langosta se encargó del resto. Y no quiero hablarte de los estragos producidos por la filoxera, ni decirte una palabra de las contribuciones, que son la peor de las plagas para el pobre labrador.

Atónito y estupefacto se quedó Lorenzo al saber que durante su niñez habían andado tan furiosos y desbarajustados los elementos. Hasta en esto había tenido suerte aquel pícaro de muchacho. Desde que él había llegado á ser mayorcito y á poder apreciar las cosas, habían cesado tan tremendos cataclismos en el planeta.

El tutor continuó:

– Si te pones en manos de los usureros, te dejarán sin camisa. Yo tengo, aunque pocos, algunos ahorrillos, y gracias á Dios algún crédito para conseguir lo que me falte hasta completar la cantidad de tres mil duros, que nadie te daría por la hipoteca, y que yo voy á darte. Claro es que si yo fuera solo, toda formalidad estaba de más entre nosotros; ¡pues no faltaba otra cosa! Pero como somos mortales, y como tengo esta caterva de sobrinos que tú ves, y el día que yo cierre el ojo no sé lo que va á ser de los pobrecitos de mi alma, extenderemos nuestra escriturita y se harán todas las cosas como Dios manda. Quiere decir que por lo pronto te entregaré mil duros al hacer la escritura, y después te iré dando el resto conforme te vaya haciendo falta; porque, si te lo entrego todo junto, yo sé lo que son los muchachos y lo que es la falta de experiencia.

Pasada una semana, Lorenzo recibía la bendición de su tutor D. Procopio el Cerero, que lo despidió llorando á lágrima viva, y se trasladaba á Madrid en compañía de la registradora y de su hija, aquella Pilar tan adorada, verdadero pilar en que se asentó un día todo el edificio de su felicidad, que, al faltarle tan firmísimo asiento, se vino á tierra; lo cual nada tiene de particular, en atención á que siempre le ha pasado tres cuartos de lo propio á todo edificio al cual le faltan los cimientos.

III

– Buena la hechos hecho, decía la registradora repantigada en una butaca. Al mismo demonio se le ocurre venirse á buscar á un personaje en Madrid durante el verano; en la estación de irse á tomar baños y aguas.

– Mientras nada nos falte, como hasta aquí, bien podemos aguardar á que vuelva, contestó Lorenzo mirando apasionadamente á Pilar, que se hallaba sentada junto á él en un canapé.

Tenía razón la registradora. Al mismo demonio se le ocurre venirse á buscar á un personaje en Madrid durante el verano. Frescos estarían los tales personajes si se quedaran en este achicharradero. ¿Pues para qué se ha hecho el mar, y para qué han de servir tantas divinas aguas azoadas, carbonatadas, sulfurosas, etc., etc., sino para que los personajes se humedezcan y refresquen por dentro y por fuera?

En realidad, el contratiempo no era muy grande, toda vez que en la fonda les daban admirablemente de comer y los trataban á cuerpo de rey. Casi estoy por decir que aquello fué una felicidad. ¡Qué paseos tan grandes dieron, en coche, á pie, en tranvía, de todas maneras, y qué dichoso fué Lorenzo aquella temporadita! Durante la primera semana de permanencia en Madrid se gastó nada menos que diez mil reales en alhajas para su amada; esto, sin contar los vestidos, sombreros y otras mil cosas á cual más bonitas que sentaban admirablemente á Pilar.

Había ya notado Lorenzo que el fajo de los billetes iba disminuyendo mucho; pero él no daba á aquello importancia ninguna; hasta que, al ir un día á sacar dinero para pagar la fonda y comprar algunas menudencias, se encontró ¡oh desdicha inesperada! con que poseía por todo capital un billete de veinte duros. Haciendo de tripas corazón y como Dios le dió á entender, manifestó Lorenzo á Pilar y á su madre la precaria situación á que habían llegado.

– ¡Pero eso es una atrocidad!, dijo ásperamente la registradora al recibir tan tremenda noticia; y algo más repuesta continuó: – Mira, hijo mío, de muy buena gana empeñaría yo las alhajas que tú le has comprado á *ésta*. Pero esos son recuerdos de cariño, y sería herir tu amor propio el proponértelo siquiera. Nosotras somos muy delicadas, y de ninguna manera queremos ofenderte. Yo he oído decir que á un hombre de energía y de talento no le faltan nunca recursos en Madrid. Ya ves, nosotras no tenemos aquí más calor que el tuyo.

La registradora terminó su discurso cubriéndose el rostro con ambas manos y rompiendo á gimotear ruidosamente, en lo cual no tardó su hija en hacerle el más lastimoso dúo. Fué aquella una escena para hacer llorar á las piedras. ¡Qué no le pasaría á aquel pobre enamorado!

Dios mejora sus horas, y aquel mismo día, cuando Lorenzo vagaba como un loco y próximo á la desesperación por las calles de Madrid, cátate aquí que lo abrazan.

– Pero muchacho, ¿es posible que ni siquiera te hayas acordado de ponerme dos letras diciéndome dónde parabas? ¡Quince días en Madrid, sin dar contigo por ninguna parte!

Lorenzo se apresuró á contar á D. Procopio lo que le ocurría. El buen Cerero interrumpía sólo de vez en cuando la relación con esta frase.

– Qué demonio de muchachos... qué demonio de muchachos...

La noche de aquel mismo día, Lorenzo, Pilar y la madre de ésta quedaban instalados en la casa de huéspedes de la calle de Atocha, donde paraba el tutor, quien tuvo, por de contado, que pagar una semana vencida en la fonda y un mes adelantado, por los tres, en la casa de huéspedes. Verdad que al día siguiente se vió Lorenzo precisado á firmar un pagaré por valor de media talega; pues su tutor, al venirse del pueblo, no había podido prever aquella contingencia, y el buen hombre tuvo que echarse á buscar dinero á premio para sacar del atolladero á toda aquella pobre gente.

IV

Volvieron por fin á Madrid las personas que habían salido á veranear, y con ellas el personaje tan ansiosamente esperado. Pero entonces comenzó para nuestros conocidos un nuevo género de obstáculos; el de obtener una audiencia ó entrevista. Allá para fines de octubre consiguieron Pilar y su madre allanar esta dificultad. En cuanto á Lorenzo, se quedó en casa aguardando el resultado, pues la registradora se opuso terminantemente á que las acompañase, diciéndole:

– Mira, hijo mío, nuestra posición ha venido muy á menos, y las personas cambian mucho. Yo no sé cómo nos recibirá ese señor; y si á nosotras nos hacen un feo, no quiero de ningún modo que te lo hagan á ti.

Sólo vagas esperanzas y promesas no bien definidas trajeron de aquella primera visita y de otras muchas que se verificaron en días sucesivos. Eso sí, lo que habían conseguido era que el despacho del referido personaje estuviera abierto para ellas á todas horas, lo cual era desde luego un excelente augurio según el Cerero. Pero Lorenzo andaba, sin saber por qué, mohino y cabizbajo, y la registradora tuvo al fin que transigir en que las acompañase, si bien se quedaba siempre aguardándolas, á veces hasta dos horas, en la calle. Una sola vez subió hasta la portería, pero desde allí se volvió á su acostumbrado sitio de espera. Mucho debían interesarse por él aquellas dos mujeres y sostener conversaciones muy acaloradas, cuando tanto duraban las visitas, y porque Pilar salía siempre del despacho de aquel gran personaje con el color más sonrosado y bonito que darse puede.

En uno de aquellos días ocurrió un lance bastante desagradable. ¡Otra alucinación del pobre Lorenzo! Cansado ya de dar paseos por la calle, y habiendo subido á sentarse con los porteros junto á la mampara del despacho, entreabrió distraído y sin darse cuenta de ello dicha mampara; por azar, estaba levantado el portier situado detrás de aquélla, y para colmo de casualidades, también se ha-

llaba medio corrido otro portier colocado sobre la puerta de un gabinetito muy cuco allá en el fondo del despacho. Yo no sé lo que la mirada, en un principio distraída, de Lorenzo pudo ver en aquel gabinete (ó mejor dicho, lo que creyó ver; pues aquello, según don Procopio, fué el síntoma más alarmante de la locura de Lorenzo). Inyectados en sangre los ojos y con los puños crispados iba ya á lanzarse Lorenzo al interior del despacho, cuando fué advertido todo aquello por los porteros. Precipitáronse rápidamente sobre él, á tiempo de impedir tamaño desafuero, y volvieron á cerrar la mampara; pero no pudieron estorbar que el primero que se acercó á Lorenzo, y que llevaba un galón dorado muy ancho en la gorra, rodase por el suelo de un furioso puñetazo en la frente. Quiso la desdicha de Lorenzo que se hallasen allí, no sé por qué ni para qué, unos agentes de la ronda secreta, los cuales la emprendieron á estacazo limpio con el pobre alucinado, y no le dejaron hueso sano. Y para ribete de empanada, en medio de aquel diluvio de garrotazos, el del galón de oro, ya de pie y repuesto de su aturdimiento, echó mano á un tintero de pedernal que había sobre una mesa, y lo disparó con tanto acierto en el paroxismo de su dignidad porteril ultrajada, que fué á darle en un pómulo al infeliz Lorenzo, levantándole allí acto continuo un verdugón amoratado que daba miedo verlo. Y gracias á que no le saltó un ojo, porque le dió de plano. No hay que decir cómo lo puso de tinta desde los pies á la cabeza.

Cuando Lorenzo pudo volver á ser dueño de sí, se encontró en la prevención, siendo ya muy cerca de la media noche. Al hacerse cargo de su situación, sacó un billete de cinco duros, y lo ofreció á quien le facilitase recado para escribir una carta y la llevase después de escrita á su destino. No se había dirigido á sordos ni á personas exentas de sentimientos caritativos. Un desinteresado guardia de orden público que nada quería admitir, pero que al cabo no tuvo más remedio que guardarse el billete, se apresuró á satisfacer ambos deseos. Por aquella carta fué sabedor de las desdichas de Lorenzo el excelente don Procopio, quien se apresuró á ir á sacarlo de allí. Algo más sereno y refrescada su cabeza con el ambiente de la noche, refirió Lorenzo por la calle á su tutor lo que había creído ver en el gabinetito de marras.

–¡Pero, hijo mío, que siempre hayas de padecer esas alucinaciones!

El buen Cerero le exhortó, como era natural, á que no diese nunca albergue á malos pensamientos, por ser este un pecado muy grande, que el Señor castiga mucho; y en prueba de ello iba ya á añadir que Dios en aquella ocasión lo había castigado sin palo ni piedra, cuando la vista del tremendo cardenal en el pómulo y el estado de Lorenzo, que apenas podía andar de puro molido, contuvieron en sus labios aquel saludable proverbio religioso. Por supuesto, que D. Procopio se guardó muy bien de decir á Lorenzo que la registradora y su hija no habían parecido todavía á aquellas horas por la casa de huéspedes.

Una vez en su domicilio, el buen tutor no quiso retirarse á descansar hasta dejar á Lorenzo en su cuarto y con la luz encendida, exhortándole una vez más á que no se dejase llevar en lo sucesivo de alucinaciones ni de malos pensamientos. En el momento de ir á marcharse de allí, sacó del gabán una pistola de dos cañones, y la colocó sobre la mesa de noche, diciendo á Lorenzo:

–He estado ya un ciento de veces para dejar esto aquí, y siempre se me ha pasado. Ya tú la conoces; es la pistola que suelo llevar allá en el pueblo cuando voy al campo, para defenderme de los perros de los cortijos. Como me has hecho salir hoy á la una de la noche, y como en Madrid hay tanto tunante, me la eché al bolsillo. Pero no quiero que nadie me vea esto encima. Guárdala tú ahí hasta que yo te la pida.

Dicho esto, dió las buenas noches á Lorenzo, y se retiró á su habitación.

Había echado Lorenzo agua en la jofaina, y se disponía á lavarse cara y manos, ridículamente pintarrajeadas de tinta, cuando se presentó la criada y le entregó dos escritos que habían traído para él aquella misma noche. Una vez solo y cerrada la puerta, se apresuró Lorenzo á mirar ambos sobres: uno de ellos tenía el sello del ministerio de Ultramar; el otro era de letra de Pilar. Lorenzo rasgó con mano febril el segundo, y aproximándose á la mesa de noche, en donde estaba ardiendo la bujía, leyó la siguiente carta:

«Vien sabes tú que yo y mi madre somos muy delicadas. Ahí tienes una credencial para Cuva, que te ha sacado el personaje que mira por nosotras, y que dise que te acenderá cuando pueda. Con que ya tienes pagado lo que as echo por nosotras. No pienses en bolber á ver nos, porque nosotras somos mui delicadas.»

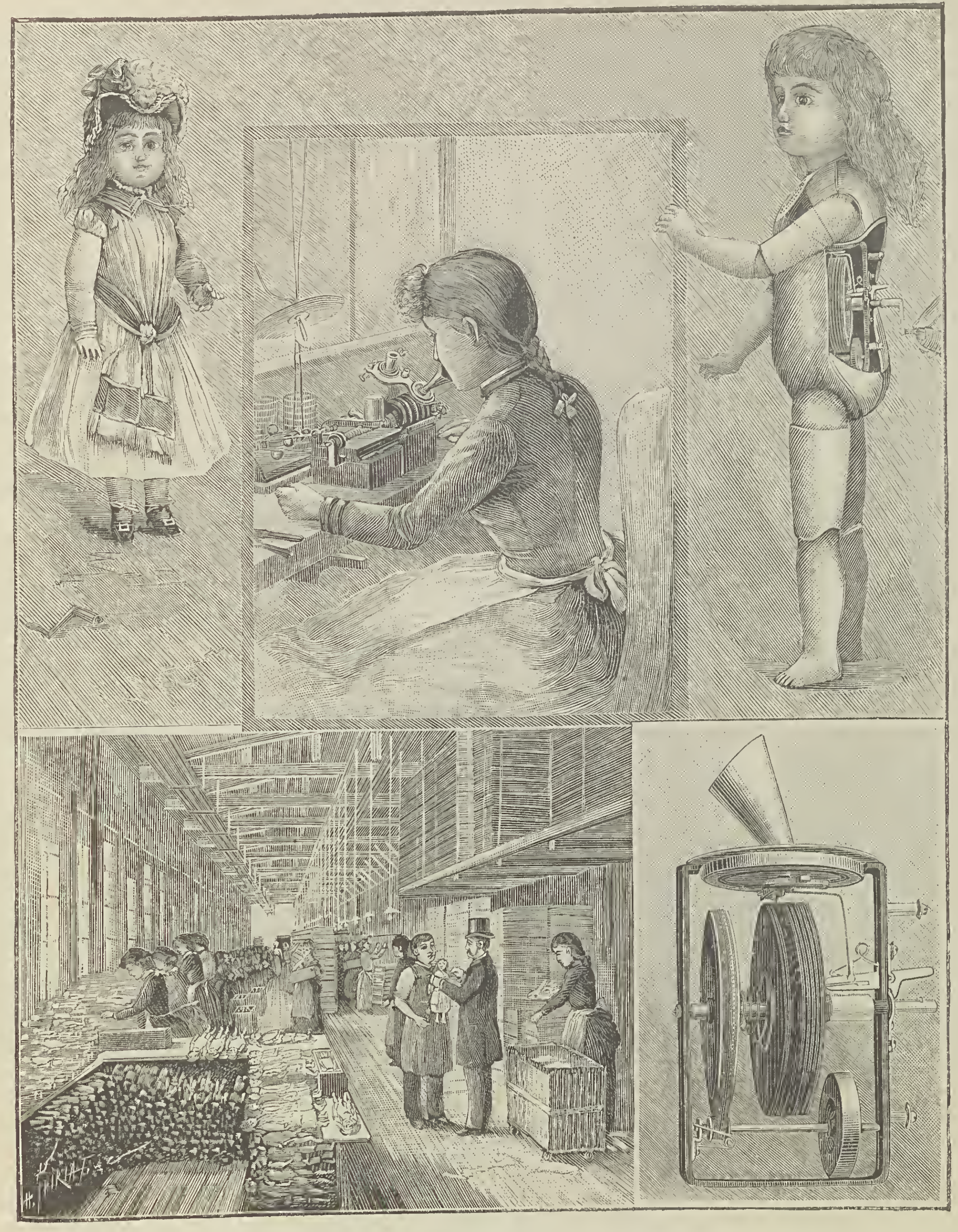
Cuando Lorenzo acabó de leer esta carta, dejó caer una mano sobre la mesa, y tropezó con la pistola.

. . . .

D. Procopio, que siempre que me ve me habla del pobre Lorenzo con lágrimas en los ojos, me decía desconsolado no hace aún muchos días:

–¡Mire usted que haberle yo dejado aquella noche la pistola!... Créame usted, lo que más me duele es haber tenido que heredar forzosamente á aquel pobrecito mío. Pero yo aplicaré todo su dinero á sufragios para su alma. Yo se lo pagaré todo en misas de San Gregorio.

JOSÉ TORRES REINA.



FABRICACIÓN DE LAS MUÑECAS FONOGRÁFICAS DE MR. EDISSON, EN NUEVA YORK

LAS MUÑECAS FONOGRÁFICAS DE EDISSON

La fonografía de Edisson ha dado origen en los Estados Unidos á una nueva fabricación en extremo curiosa. El célebre inventor ha concebido la idea de aplicar su maravilloso invento á la confección de muñecas parlantes. Una muñeca encierra, disimulado dentro de su cuerpo, un pequeño fonógrafo en donde una niña con su voz infantil recita una máxima ó un cuento corto que aquélla está siempre dispuesta á repetir. La idea es original y encantadora, y las muñecas de Edisson, dejando muy atrás á las que sólo decían *papá* y *mamá*, tendrán en el viejo mundo el mismo éxito extraordinario que han logrado en Nueva York.

Esta fabricación, organizada en Orange, en el establecimiento de Edisson, está instalada en una porción de edificios anejos especialmente destinados á la fabricación del fonógrafo según dos modelos: el primero es el aparato comercial; el segundo, mucho más pequeño, sencillo y barato, es el de las muñecas parlantes, que vamos á examinar.

Una gran parte del mecanismo necesario á la muñeca parlante se construye en el establecimiento destinado á la fabricación del fonógrafo ordinario, pero el ajuste de piezas y la preparación de los cilindros que han de contener el relato que la muñeca ha de referir se hacen en un edificio especial.

La muñeca terminada que se ve á la izquierda tiene el aspecto de una muñeca común: su cuerpo de estaño encierra el aparato, como puede verse en la muñeca desnuda de la derecha.

El aparato está de tal suerte colocado, que su volante aparece en la parte interior del cuerpo de la muñeca: el cilindro del fonógrafo está montado sobre un eje, y puede, por medio de un manubrio, volver á su posición primitiva terminada la audición. En el mismo eje de rotación una polea, provista de una pequeña correa de transmisión, pone en comunicación el cilindro del fonógrafo con el volante destinado á mantener una velocidad rotatoria uniforme. El mecanismo propiamente dicho está representado en la última sección de nuestro grabado. Con ayuda de una llave puede remontarse el aparato, es decir, colocar el punzón reproductor allí donde empiezan los surcos impresos en el cilindro para producir otra vez los sonidos de las palabras registradas.

La trompetilla acústica que en el fonógrafo ordinario amplifica el sonido está dispuesta en la parte superior del cuerpo de la muñeca, que tiene el vientre debidamente perforado. Dando vueltas á un manubrio, un niño puede hacer funcionar el aparato y recitar el cuento ó entonar la canción que le es dado reproducir.

El almacén de embalaje y de expedición de esta ingeniosa industria está representado en la parte inferior de nuestro grabado: encima de él se ve á una de las niñas empleadas que registran las palabras en el cilindro de cera del fonógrafo.

Esta industria recientemente establecida exige, no sólo gran habilidad mecánica, sino también instrumentos especiales y sumamente ingeniosos. Los ingenieros que se encuentran al frente de la misma se ocupan incesantemente en buscar nuevos medios que faciliten la fabricación.

El establecimiento tal como hoy está montado puede producir diariamente 500 muñecas parlantes. En él, como en todas las fábricas de las grandes ciudades americanas, la división del trabajo impera hasta en los menores detalles y todas las piezas que de las máquinas salen están sujetas á un minucioso examen y á una comprobación rigurosa que permiten montar las muñecas con la mayor exactitud y el más perfecto ajuste.

SINGULARIDADES DE GRANDES HOMBRES

Dice Suetonio que durante el invierno el emperador Augusto usaba siempre cuatro túnicas debajo de una gruesa toga, poniéndose además una camiseta de lana interior, y preservando sus miembros no menos cuidadosamente. En verano quería dormir siempre con todas las ventanas y puertas abiertas, y ofendíale tanto el calor, que tenía un esclavo solamente para abanicarle. No podía resistir el sol, ni aun en invierno.

Fernando II, Gran duque de Toscana, que murió en 1670, era esclavo de su salud. «Yo le he visto, dice el abate Arnauld en sus Memorias, paseándose en su cámara arriba y abajo entre dos grandes termómetros, en los cuales tenía fija la vista constantemente; y mientras tanto, se ponía y quitaba diversos gorros de diferentes grados de calor, según la temperatura.»

El abate de San Martín, que en el siglo XVII se hizo tan ridículo con sus pretensiones y manías, usaba nueve casquetes á la vez, los cuales cubría con una peluca á fin de preservarse bien del frío en la cabeza: también llevaba nueve pares de medias. Su cama era de ladrillos, debajo de los cuales colocábase un brasero construído de modo que no comunicara sino el necesario grado de calor. Para llegar á esta cama había una pequeña abertura, por la cual se introducía el abate al retirarse por la noche.

El jesuíta Ghezzi, escritor del siglo XVIII, usaba siete casquetes debajo de la peluca.

Fourier, el distinguido matemático francés, había vuelto de Egipto acosado de un persistente reumatismo y de una continua sensación de frío, y padecía mucho cuando se hallaba bajo una temperatura de 20° Reaumur. Durante los últimos años de su vida, exhausto de fuerzas á consecuencia de un asma que había padecido desde su



SUSANA Y LOS VIEJOS, cuadro de A. Brouillet

(Salón de París, 1890)

juventud, veíasele siempre, cuando escribía, ó hablaba con sus amigos, encerrado en una especie de caja que no podía desviar de su cuerpo, dejando sólo en libertad la cabeza y las manos.

Donatello, el célebre escultor florentino, que murió en 1466, tenía la costumbre de guardar el dinero en una cesta colgada de un clavo en la pared de su habitación, sus trabajadores y sus amigos solían tomar de ella cuanto les parecía.

Beethoven, el compositor, estaba dominado por dos manías: una de ellas era cambiar de casa continuamente, y la otra pasear sin descanso. Apenas se instalaba en alguna nueva habitación, descubría al punto algún defecto, por insignificante que fuese, y comenzaba á buscar otra. Todos los días después de comer érale preciso salir á pasear á pié, bien lloviera ó nevara, ó bien hiciese excesivo calor, y no ponía término á su paseo hasta estar completamente rendido.

El astrónomo francés La Caille había contraído la enojosa costumbre de leer y escribir solamente con un ojo, pues reservaba el otro para sus observaciones telescópicas. Por este medio, no obstante, obtuvo interesantes resultados; así, por ejemplo, podía reconocer con facilidad y precisión la altura de las estrellas sobre el horizonte del mar, observación generalmente muy incierta á causa de la dificultad de distinguir bien el horizonte en la oscuridad de la noche. No parece, sin embargo, que ningún astrónomo haya tratado de acostumbrarse á tan difícil práctica.

Shelley, el poeta, complacíase en hacer de continuo barquitos de papel para hacerlos flotar en el agua, y este infantil pasatiempo parecía fascinarle. Cuando se le acababa el papel que tenía á mano; servíase de los sobres de sus cartas y hasta de éstas. Asegúrase que cierto día, hallándose á orillas de un río, se le concluyó el material para hacer sus barquitos; no le quedaba más que un billete de Banco, y vaciló mucho antes de servirse de él; al fin pudo más su manía, é hizo flotar el costoso esquife.

Verneuill

TORPEDO AUTOMÓVIL HOWEL

El torpedo Howel, gracias al principio giroscópico en que se funda, conserva de una manera absolutamente automática su dirección inicial: desde el momento en que es lanzado, toma también automáticamente, por medio de otro sistema especial, la profundidad para que está regulado y se mueve en un plano vertical. Su marcha en un plano horizontal es recta é independiente de la acción de las fuerzas desviadoras. Bajo la acción de las fuerzas exteriores transversales se inclina simplemente, en uno ú otro sentido, en vez de cambiar de dirección hacia la derecha ó hacia la izquierda, como sucede con los demás aparatos similares actualmente conocidos.

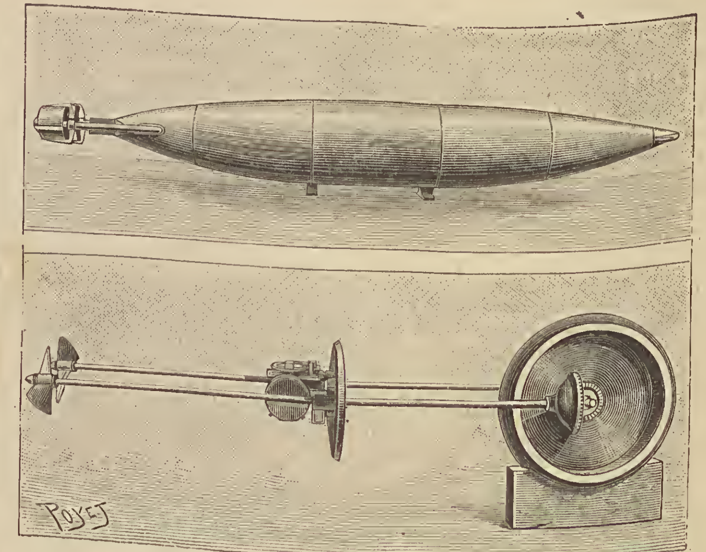
La inclinación que esas fuerzas imprimen en el torpedo obliga al regulador de éste á dar una serie de ligeros impulsos á los timones verticales, lo cual produce un movimiento, resultante del torpedo, contrario al que le ha comunicado la fuerza exterior desviadora. Finalmente, el torpedo, inclinado por la fuerza de ésta, vuelve á su posición normal, gracias á la acción automática de los timones, de suerte que la primitiva dirección de su trayectoria no sufre modificación alguna. La fuerza directriz, que es también la potencia propulsora, está almacenada en un volante de acero al que se imprime una gran velocidad de rotación por medio de una máquina fijada en el tubo de lanzamiento, al cual se encadena á voluntad del operador. La fuerza acumulada en el volante se transmite directamente á dos hélices propulsivos. El volante giroscópico comunica al torpedo una fuerza mecánica de dirección efectiva é inversible y al propio tiempo acumula una potencia de propulsión más considerable en un espacio menor y con mucho menos peso que el que ocasionaría cualquier otro procedimiento realmente práctico.

La rotación del volante se consigue por medio de un motor de vapor, eléctrico, de aire comprimido, etc., etc., según las exigencias especiales del servicio; pudiendo en dos ó tres minutos producirse la velocidad de rotación necesaria, que luego se conserva fácilmente hasta el momento de lanzar el torpedo. El mecanismo de éste es sumamente sencillo y comprende: el volante giroscópico con su eje, sus cojinetes y su engranaje; los dos árboles propulsores, unidos al volante por medio de un engranaje; el regulador automático de inmersión, los timones horizontales y los timones verticales. El cuerpo del torpedo es de bronce de manganeso; todas sus demás partes son de bronce fosforoso, excepto el volante y los árboles de hélice, que son de acero. La carga explosiva, de un peso superior al de otros torpedos de igual desplazamiento, está encerrada entre los compartimientos del martillo de percusión y del volante.

Para los tiros de ejercicio el torpedo está dispuesto de manara que se para en un punto cualquiera de su recorrido y sube á la superficie del agua. También puede hacerse que al término de su marcha se hunda ó que flote con el percutidor desarmado. El torpedo está siempre á punto de ser lanzado sin necesidad de nuevo arreglo: no exige otra preparación que la soldadura de la válvula que pone en movimiento al motor auxiliar que, á su vez, comunica al volante el movimiento de rotación necesario. El volante da unas 10.000 vueltas por minuto; las hélices dan 5.000 en igual tiempo. Por su longitud relativamente corta, el torpedo Howel es de fácil colocación y maniobra á bordo: el que figuraba en la última Exposición Universal de París tenía 2'890 metros de largo y 0'356 de diámetro, y pesaba 60 kilogramos: el peso del volante era de 210 kilogramos y el de la carga explosiva de 50. La velocidad media en un recorrido de 400 metros era de 28 nudos.

El torpedo Howel puede ser disparado con cualquier aparato de lanzamiento que permita la instalación de un motor auxiliar destinado á imprimir al volante el necesario movimiento giratorio; el lanzamiento puede hacerse indistintamente por la proa ó por los costados del buque. Fuera de la adición del referido motor, pocas é insignificantes son las modificaciones que deben introducirse en los tubos actualmente empleados para el lanzamiento de los torpedos Whitehead y Schwarzkopf para que puedan disparar el torpedo Howel. El aparato de lanzamiento puede disponerse para disparar el torpedo por medio del aire comprimido ó de una substancia explosiva.

(De *La Nature*)



Torpedo automóvil Howel. – Mecanismo de propulsión, de dirección y de inmersión

Imp. de Montaner y Simón